EL RETO-FINAL 24/2/06 17:22 Página 51

humano a asesinar al prójimo; no es sólo cuestión de grado e intensidad: es algo cualitativo que afecta a la manera de entender el comportamiento humano, no los discursos empleados para justificarlo.

ELOGIO DE LA ESCRITURA

Algunos historiadores proponemos desde hace años enseñar a escribir historia como se enseña paleografía, arqueología, epigrafía, sigilografía o crítica textual. Esta actitud provoca el rechazo de los académicos que creen incompatible la historia con la buena escritura tanto como la entusiasmada anuencia de los jóvenes. Hace pocos meses volví a sentir ese sordo conflicto cuando impartí un seminario a unos muy motivados estudiantes de doctorado en el «Taller de escritura y narración historiográfica» organizado por la Fundación Mapfre y el Instituto de Historia del CSIC en Madrid, acerca de cómo algunos historiadores afrontamos el reto de la escritura. De hecho, aquella larga sesión fue un ensayo práctico del material que com-

EL RETO-FINAL 24/2/06 17:22 Página 52

pone este apartado, en un momento en el que estaba en fase de redacción.

Como dije allí no perderé el tiempo en discutir el falso dilema creado por algunos representantes del mundo académico cuando sostienen que la erudición está reñida con la buena escritura; sólo recordaré una vez más que los historiadores más influyentes han sido siempre y sin excepción grandes escritores: Heródoto, Tucídides, Jenofonte, Polibio, Livio, Tácito, Suetonio, Agustín, Joinville, Froissart, Maquiavelo, Guicciardini, Voltaire, Gibbon, Tocqueville, Michelet, Thackeray, Burckhardt, Mommsen, Huizinga, Collingwood, Duby o Borst. Esta enumeración me parece suficiente para dedicar un breve elogio a la escritura.

Existen tres motivos y se vislumbran tres procedimientos para llevar a cabo la recuperación de la escritura entre los historiadores que deberán encontrar un *estilo* conforme a las exigencias de su época.

Comenzaré por los motivos.

Primero. La investigación del pasado es ante todo una creación del espíritu, una construcción: ordenar, clasificar y leer los documentos exige *rellenar* los espacios que esas fuentes no contienen

EL RETO-FINAL 24/2/06 17:22 Página 53

pues en toda circunstancia, por más que se diga, siempre es mucho más lo que *no* aparece en las fuentes que lo que aparece. ¿Le toca al historiador suponer lo que no dicen esos documentos en la línea de Ernest Will en su celebrado estudio sobre el mundo de Palmira? No tengo la menor duda. Como dice Hayden White, «en el tránsito desde el estudio de un archivo a la composición de un discurso para su traducción en forma escrita, los historiadores deben emplear las mismas estrategias de figuración lingüística que utilizan los escritores imaginativos para dotar a sus discursos de tipo de significados latentes, secundarios o connotativos para que sus obras no sean solamente recibidas como mensajes sino leídas como estructuras simbólicas».

A este descubrimiento se añade la convicción de que sólo se puede acceder al pasado a través del uso de la imaginación. Porque si no fuera así, con la imaginación, ¿cómo podríamos acceder? Debemos tener en cuenta que el oficio de historiador es una labor intelectual que apunta a una narrativa sobre la verdad de los acontecimientos, no a una descripción estática de un estado de cosas. La historia es un arte donde se aúna el esfuerzo personal

EL RETO-FINAL 24/2/06 17:22 Página 54

por comprender una época y la habilidad de encontrar las huellas en los testimonios que han logrado llegar hasta nosotros.

Segundo. La reconstrucción del pasado debe ser una narración. Como dice John Lewis Gaddis la narración *simula* lo que ha sucedido en el pasado. Por eso mismo sólo a través del relato podemos tratar de saber cómo ocurrió tal cosa y por qué: una operación artística, diría Aristóteles, que acepta que los hechos históricos acontecen bajo la luna, en lo sublunar y no en un plano inconcreto, abstracto, a menudo fantasmagórico; son intrigas, pasiones, conflictos, deseos. Ahora bien, ¿los de nuestros abuelos son los nuestros? El relato permite también una cierta familiaridad con los acontecimientos o personajes olvidados por accidente, desatención o censura. Desvelar la existencia de los náufragos de la historia requiere relatar su mundo vital. Este procedimiento aproxima la historia a su fuente de renovación pues, como dice Hayden White, «al volver a poner en contacto el estudio de la historia con sus fundamentos literarios no nos ponemos en guardia contra distorsiones ideológicas; estamos en el camino de alcanzar esa *teo-*

EL RETO-FINAL 24/2/06 17:22 Página 55

ría de la historia sin la que ésta no puede pretender ser una disciplina».

Tercero. Describir el ritmo de la historia exige un código de recepción basado en una linealidad narrativa con un principio y un fin lógicos; personajes reales y lealtad a lo verosímil social y psicológicamente. Esta invocación al realismo del mundo vital es un valor que la gran novela del siglo XIX, Stendhal, Tolstoi y Flaubert, adoptó de la historia. La recuperación del pasado sólo se encuentra mediante el esfuerzo por escribir un texto que sea inteligible al lector, que le permita compartir con el historiador su fascinante viaje a través del tupido bosque de archivos y bibliotecas.

Vayamos a los procedimientos.

Primero. Para leer historia hay que escribirla, decía Benedetto Croce. Pero, ¿cómo hacerlo en el siglo XXI? Cada época escribe su historia, por ese motivo el reto del siglo XXI consiste en encontrar una escritura acorde al espíritu de nuestra época. Arno Borst fue el primer historiador que verdaderamente entendió ese reto y que se acercó a él conforme a los principios de la recepción. La tarea la llevó a cabo en *Lebensformen im Mittelalter*, un gran libro de historia

EL RETO-FINAL 24/2/06 17:22 Página 56

cuyo éxito de público (se vendieron miles de ejemplares) corrió parejo al rechazo académico de su autor, el medievalista de mayor proyección en Europa en esos años. Borst transformó los textos medievales en lecturas interiorizadas de una época fascinante a la vez que lejana, y permitió leer algunos testimonios de una manera que a muchos les pareció totalmente radical y sin sentido, y a unos pocos, entre los que me encuentro, una pieza admirable de hermenéutica, es decir, de comprensión. El libro fue expulsado de los planes de estudio; pocas veces aparecía en un programa, o se le citaba con admiración. La operación no fue, sin embargo, negativa. Borst inicia un estudio de la Edad Media a contratiempo, obligado a imaginar no sólo lo que las convenciones académicas le niegan, sino también lo que las nuevas corrientes habían olvidado. Y eso que habían olvidado, y quince años después recuperaron, es que la historia es, y sólo puede ser, escritura.

La escritura permite alojar tiempos y espacios concurrentes, precisamente los que dan origen a las revueltas y revoluciones. De este modo, Simon Schama revivió la historia de Francia en el último

EL RETO-FINAL 24/2/06 17:22 Página 57

tercio del siglo XVIII en *Citizens* con los mismos procedimientos que Denis Diderot y Jane Austen escribieron sus novelas. Pero cuando leemos ese frondoso libro de mil páginas nos asaltan algunas dudas: ¿Por qué no hay notas a pie de página? ¿Por qué no atiende a la jerarquía establecida de antemano sobre lo que se debe y no se debe decir sobre la Revolución Francesa?

La censura al modo de escribir de Schama es una censura al contenido políticamente incorrecto, que subordina la objetividad en beneficio de la capacidad comunicativa. El libro ofrece una variedad de espacios y una multiplicación de temas, cada uno distinto, cada uno portador de valores que son el resultado de una interpretación audaz de los textos y de las experiencias culturales acumuladas tras años de seguir la pista a personajes excéntricos que sin embargo fueron los artífices de la Europa contemporánea. Los que aún mantienen reservas sobre estas conclusiones podrían leer con atención *La ruina de Kasch* de Roberto Calasso, un verdadero monumento contra la impostura de los líderes de opinión franceses de finales del siglo XVIII y principios del XIX, ya se llamen Robespierre o Danton, ya sean La Fayette o Tayllerand.

EL RETO-FINAL 24/2/06 17:22 Página 58

Segundo. Escribir historia exige conocer a fondo los tropos utilizados en cada ocasión. La tropología no es una teoría del lenguaje, sino un conjunto de nociones acerca de las expresiones empleadas en un escrito. Se trata del principio de distinción que a menudo se confunde con la jerga. El historiador está obligado a distinguir con claridad las palabras que usa en su trabajo porque su primera misión es comprender más que juzgar. Es preciso controlar el lenguaje figurativo que deriva de la retórica neoclásica y que comienza a dar unos frutos cuando menos divertidos. Para esa tarea debe ser consciente de que la tropología ha formado parte del estudio de la historia desde sus primeros pasos.

Baste leer *Metahistoria* de Hayden White para darnos cuenta de ello. Esta tarea debiera formar parte de los trabajos de cualquier joven historiador y nadie debería obtener la licenciatura sin saber distinguir el estilo de Burckhardt del estilo de Ranke por citar un solo ejemplo. Resulta difícil entender por qué motivos se deja en manos inexpertas esta enseñanza. Hay otras. Por ejemplo, el hecho de que el acceso al pasado es fácil para aficionados con tanto entusiasmo

EL RETO-FINAL 24/2/06 17:22 Página 59

como incompetencia; o que la prueba de suficiencia para acceder a una plaza docente se atenga a trabajos poco relevantes, que no demuestran un conocimiento de la materia que luego deberá explicarse a los alumnos.

¿Cuántos libros leen al mes los aspirantes a una plaza? ¿Dos, seis, veinte? Hoy, la escritura de la historia exige conocer a fondo los modos forjados en los últimos quince años. ¿Cuántos aprendices han leído esas obras? Hoy, el estudio de la historia no es un compartimiento estanco, una disciplina cerrada, que, como ocurría hace veinte años, pudiera realizarse al margen de los trabajos realizados fuera de ese marco. Las mayores innovaciones proceden de obras de carácter general y multidisciplinar, de gran formato, que han sabido conjugar especialización y apertura de miras.

Tercero. Un análisis de la conciencia. El proceso de introspección es obligado ya que el historiador necesita explicarse a sí mismo por qué se dedica al estudio del pasado. ¿Es un pasatiempo? ¿No sabe hacer otra cosa? ¿Le hubiera gustado ser ingeniero aeronáutico pero le suspendieron en el examen de ingreso? En el siglo XIX la escritura de la historia respondía a una afirmación de lo subje-

EL RETO-FINAL 24/2/06 17:22 Página 60

tivo en la vida social. El hombre se convierte en individuo espiritual y como tal se reconoce, una actitud que Jacob Burckhardt creyó encontrar por primera vez en la cultura del Renacimiento. No entraré ahora en la polémica que suscitó esa idea, sólo me centraré en el hecho de que los historiadores se sintieron responsables para fijar los límites del trabajo.

Al ser preguntado Johan Huizinga en cierta ocasión de por qué no aparecía Juana de Arco en *El Otoño de la Edad Media*, éste respondió con firmeza que «no quería que en mi libro apareciera ningún héroe». El mundo vital del siglo XV europeo despojado de su figura estelar. La propuesta tenía calado. Con Homero, pero también con Tolstoi, el motor de la historia responde a la dimensión épica donde tienen su hogar nativo los héroes. La guerra de Troya tiene a Helena como referente, la guerra contra Napoleón tiene a Rusia como razón y sentido. Pero, ¿se podía pensar así tras la guerra de 1914? Es evidente que no. La fuerza que conduce a los hombres a los campos de batalla es invisible, incluso insensata, y tiene que ver más con el fondo proteico de los rituales de sacrificio que con la hermosura épica. Al igual que en las trincheras

EL RETO-FINAL 24/2/06 17:22 Página 61

de Verdún, Huizinga quiso rastrear el brillante decorado del gótico internacional que ocultaba una sociedad violenta, inmisericorde, que se mataba entre sí por causas hoy difíciles de entender y de escribir.

El historiador se posicionó entonces sobre el valor de su identidad. Las circunstancias le ayudaron. Baste pensar en el sentido del absurdo que se apoderó de los europeos tras la Segunda Guerra Mundial y que tuvo en Sartre, Camus o Ionesco a sus intérpretes más renombrados, o el sentido del ridículo por un conflicto ideológico que retrasó la resolución de las lacras sociales en el mundo, el hambre, las enfermedades, el asesinato de niños. Nadie creía en la charlatanería de la propaganda ni en las instituciones que apuntalaban la profesión del historiador, tras ver en los dramas de John Osborne y su traslación al *free cinema* de Tony Richardson. El *yo* se encontró desnudo ante la responsabilidad de saber qué hacer ante una determinada circunstancia. A finales de los sesenta, coincidiendo con la revuelta juvenil y la cultura pop, la egohistoria se convirtió en un objetivo por parte de los partidarios de lo que entonces se denominó «nueva historia».

EL RETO-FINAL 24/2/06 17:22 Página 62

La idea la aprovechó Pierre Nora para reunir en un volumen a diversos historiadores franceses con el fin de que hablaran de su vida y de su obra: Maurice Agulhon, Pierre Chaunu, Georges Duby, Raoul Girardot, Jacques Le Goff, Michelle Perrot, René Rémond fueron los elegidos; y en su mayor parte coincidieron en afirmar que la elección del *yo* en la escritura, en lugar del clásico *nosotros*, era algo más que una moda: respondía a la necesidad de renovación de la escritura de la historia. Era, por tanto, un combate.

Tras lo subjetivo del siglo XIX y la emergencia del *yo* en el siglo XX, en los últimos años hemos asistido a un tercer mecanismo de reflexión sobre el sentido de escribir historia. Se trata de bucear en los motivos de fondo, lo que aparece detrás de la esfera consciente, el síntoma de una actitud personal, que diría Lacan. El esfuerzo por hallar esas claves responde a la exigencia de la narración, no a una operación sentimental de buenas intenciones. Conviene distinguir lo que es un esfuerzo por crear los espacios de la conducta, que diría Jerome Bruner, con el fin de que el autor sepa comprender sus propias motivaciones, las mismas que conducen a estudiar un determinado pasado.

EL RETO-FINAL 24/2/06 17:22 Página 63

Sobre este asunto escribe Yi-Fu Tuan: «En el final de milenio, ¿quién soy yo?, es una pregunta de moda. Todo el mundo parece hacérsela, no sólo individuos sino también grupos e incluso naciones enteras se preguntan, ¿quién soy yo, o quiénes somos nosotros? Entre las causas principales de este debilitamiento del sentido de identidad se encuentran la movilidad social y geográfica y la rápida evolución tecnológica. Según los expertos nos hallamos en medio de una crisis de identidad; abundan las biografías y las autobiografías, y las confesiones de tono presuntuoso ya no proceden sólo de quien es famoso sino de cualquier personaje normal y corriente, alcanzando en ambos casos elevados índices de audiencia en los medios de comunicación. Al ser una persona sin raíces tengo la facilidad para el examen de conciencia y, dado el espíritu de la época, esto puede hacer que me exponga a través de varios medios, incluyendo la autobiografía».

Al final de *Auge y caída del Imperio Británico*, el libro con el que se concluía el ambicioso proyecto de la BBC de comprender la historia de esa unión política llamada Gran Bretaña, Simon Schama se pregunta sobre la oportunidad de

EL RETO-FINAL 24/2/06 17:22 Página 64

mantener la unión una vez desaparecido el Imperio; y lo hizo mostrando el rostro de su propio padre, como una invitación a confiar en el futuro mirando al pasado: «Mi padre había nacido y se había criado (pues había venido al mundo en Whitechapel y no en Botosany) en el sentimiento de que ser británico significaba ser europeo, aunque también significaba algo más. Si ese algo más ampliaba el sentido de lugar de Gran Bretaña hacia el oeste por el Atlántico o mucho más lejos al otro lado del mundo, no era algo, ni siquiera con el acto de la desaparición del Imperio, por lo que ponerse a la defensiva». La actitud de su padre parece indicarle a Schama el camino que debe seguir, que no es otro que la absoluta convicción de que «la historia y el recuerdo no son la antítesis de la libre voluntad, sino la condición para alcanzarla».

OTRAS MANERAS

Comencé a leer *La guerra civil española,* de Antony Beevor, mientras ordenaba las conclusiones